Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

X – El juicio al monje maldito

31 – Ibrahím se invita a la boda

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 31 – Ibrahim se invita a la boda

Sin perder ni un minuto más, Ibrahim y su ahijado Ali partieron al galope y, cabalgando sin detenerse, pronto estuvieron a la vista de Masyât; justo en el momento en que la fiesta llegaba a su punto culmninante entre redobles de tamboriles y el ir y venir de los convidados. A la vista de esto, Ibrahim se dirigió hacia la aldea: según se cuenta en el relato, en tiempos de El-Zâher había en todo el país una aldea junto a cada una de las ochentaicinco ciudadelas; un pueblo en el que vivían los aldeanos y campesinos. De modo que, Ibrahim encaminó sus pasos hacia la aldea de Masyât. Al llegar allí no encontró ni un alma: el lugar parecía abandonado a las gallinas y a las cabras. Pero, al pasar delante de la puerta de una casa, vio a una anciana sentada en un poyete, apretándose las sienes con los puños.

– ¡Buenas tardes, tía mía! –la interpeló Ibrahim.

– ¡Buenas tardes, hijo mío! –respondió la anciana.

– ¿Aceptarías acoger a dos huéspedes por esta noche? –prosiguió Ibrahim.

– ¡En cualquier época del año, un huésped siempre es bienvenido! Por favor, entrad.

La anciana bajó del poyete y les condujo a la casa: era una pobre vivienda, de una sola habitación, cubierta de cañas, oscura y de techo bajo. Todo su mobiliario consistía en un viejo jergón y una gastada y fea manta de fieltro. La anciana, depués de haberles instalado, corrió a trabar sus monturas y a darles un poco de pienso; luego, volvió, trayendo un cuenco de madera lleno de un guiso de lentejas, y unos pocos mendrugos de pan.

– En el nombre de Dios, hijos míos –les dijo, mientras depositaba el cuenco ante ellos– No me lo tengáis en cuenta, si esta escasa comida es indigna de vosotros.

– Basta y sobra con tu bondadosa acción –la aseguró Ibrahim.

Los dos hombres repusieron fuerzas y alabaron la grandeza de Dios. Mientras tanto, había caído la noche: la anciana trajo una pequeña lamparilla de aceite de ricino y encendió la mecha; luego, se sentó junto a ellos.

– Escucha, tía mía –comenzó Ibrahim–, me gustaría hacerte una pregunta.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Todas las que tú quieras, hijo mío.

– Me da la impresión de que esta aldea está vacía; ¿adónde se han marchado sus habitantes?

– Se han ido todos a presentar sus condolencias a Kamel, el hijo del pachá de Hama. ¡Quiera Dios que nunca goce de alegría, ni felicidad!

– ¿Pues qué le ha sucedido a Kamel? –prosiguió Ibrahim, haciendo como que ignoraba todo el asunto, para tirarla mejor de la lengua.

– Tiene la intención de casarse con Nâfileh la Indomable, la hija de Shâhîn de Masyât: esta noche se celebrará el cortejo nupcial y se consumará el matrimonio. ¡Ojalá que le entierren vivo a ese tipejo!

– Pero, tía, entonces, ¡no es una jornada de duelo, sino de boda y festejos! –protestó Ibrahim.

– ¡Ah, hijo mío, si tú supieras! –suspiró la vieja– De puertas afuera, esto tiene el aspecto de ser una boda; pero hacia dentro, es el duelo más triste y sombrío.

– ¿Y, por qué, madre de valientes?

– Pues porque la novia, Nâfileh, estaba prometida a Paladín de Doncellas, el capitán Ibrahim, que en este momento yace en su ciudadela, gravemente herido. Pero, eso no es todo: el novio de ahora, Kamel, era el protegido de Ibrahim, su ahijado por el pacto de Dios, y lo ha traicionado indignamente: primero, quedándose con tres *jaznehs* de oro pertenecientes a Ibrahim, que ha entregado a Shâhîn para obtener la mano de su hija, y, luego, robándole a su prometida. Yo sólo deseo una cosa: ¡que sane Ibrahim y venga a Masyât para arrancarle a Kamel la alegría de sus ojos con lágrimas de sangre, y que convierta la noche de bodas en una velada fúnebre!

– Uf, padrino –susurró Ali Ibn El-Shayyâh–, esta vieja parece detestar a Kamel y tenerte a ti un cariño enorme. ¿Es que te conoce?

– No lo creo –respondió Ibrahim en un susurro–. Desde luego, lo que es yo, no la he visto en mi vida. Si quieres mi opinión, habla así porque no la han invitado, y por eso despotrica contra ellos. Pero quiero asegurarme.

– Dime, madre de valientes –prosiguió Ibrahim en voz alta–, al parecer han invitado a toda la gente de la aldea, excepto a ti: se diría que te han olvidado.

– No, hijo mío, a mí también me han invitado; pero yo no he tenido el valor de ver a Nâfileh, la prometida del capitán Ibrahim, casarse con otro. ¡Ojalá que el banquete se les atragante a todos, y que su alegría se convierta en pesar! ¡Cómo comparar a Ibrahim con Kamel! Como se suele decir: ¡"cuando los polluelos notan que les crecen alas, se toman por águilas"!

– Hay que reconocer, tía mía, que no parece que escatimes elogios para Ibrahim, ¿Acaso es de tu familia o, quizá uno de tus amigos?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Nada de eso, hijo mío! Ni siquiera le conozco de vista, pero he oído decir que es un héroe irreprochable, un león intrépido cuyas azañas han llenado toda la tierra, y, de hecho, de no ser así, jamás habría podido defender él solo el puente de Angobar contra setenta mil soldados francos, rechazándoles a punta de espada, antes de acabar agujereado con tantas heridas como días tiene el año. Ese sí que es un hombre que merece ser llorado –prosiguió la anciana derramando abundantes lágrimas–. ¡Oh, Dios mío, mi Señor! ¡dígnate posar Tu misericordiosa mirada sobre este noble y valeroso combatiente de la Fe, para que se restablezca y venga a castigar como se merece a ese cerdo miserable de Kamel, y a ese viejo canalla de Shâhîn, que no ha dudado ni un segundo en abandonar a un león, para aliarse con un chacal!

Ibrahim no pudo evitar que a él también se le saltaran las lágrimas, emocionado ante el afecto que esa buena anciana le profesaba sin conocerle.

– Dime, madre de valientes –prosiguió– ¿cuánto hace que llevas implorando al Señor por la salud de Ibrahim?

– Por tu vida, desde el día en que comenzaron los festejos de las nupcias.

– Pues bien, alégrate, tía mía: ¡el Señor ha curado mis heridas, y tus plegarias han hecho todo lo demás! Sí, yo soy Ibrahim, hijo de Hasan, y este joven es mi lugarteniente Ali Ibn El-Shayyâh.

Cuando la ancian comprendió con quién estaba hablando, se levantó de un brinco y saltó al cuello de su invitado, derramando lágrimas de alegría.

– ¡Alabado sea Dios que te ha devuelto la salud, hijo mío! –exclamó la anciana– Pero –prosiguió–, Ibrahim es un león y para un león no hay mayor deshonra que le roben su hembra. Vamos, hijo mío, muéstrame que eres un hombre y véngate de Kamel: ¡para ti solo habrá esta noche o jamás!

No había terminado de pronunciar la anciana estas palabras, cuando los ojos de Ibrahim se inyectaron en sangre y los pelos de su bigote comenzaron a temblar: ¡terrible espectáculo!

– ¡A tus órdenes, tía mía! –exclamó– ¡Ahora mismo voy a animar esa boda y a mostrarles con qué leña me caliento! Por cierto, ¿no tendrás por casualidad uno de esos uniformes que llevan los guardias de Masyât?

– Tengo todo lo que te hace falta –afirmó la vieja, saliendo de la habitación.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Próximo relato de "El juicio al monje maldito"

X.32 – Ibrahim encuentra a su prometida

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6